



¿Qué escena comparte Medea con María José?

Sandra Filippini

El título de la película *Medea*, de Alexandra Latishev, del 2017, (realizada en Costa Rica) junto con el del texto de Roberto Marín Villalobos *Medea, cuando la mancha desborda lo cuadrado* – referido a esa película– hacen lazo entre la película y la obra homónima escrita en el 431 (A.C.) por Eurípides. ¿Anacronía indica la historia? Sí, asimismo esa anacronía puede ser una posibilidad de problematizar el pliegue entre ambas, Medea y María José.

Dos preguntas al lector darán cuenta de ello. ¿A qué acto se asocia el nombre de Medea? ¿Qué sugiere titular *Medea* una película sobre una joven -María José- que se realiza un aborto, que es ilegal donde vive? Es por lo menos paradójico titular una película que denuncia los efectos de la ilegalidad del aborto con el nombre de la que trascendió los siglos por matar a sus hijos. Pero, otra lectura de ese título resulta más interesante si se lo lee como una manera de nombrar un “síntoma” –tal como lo propuso Georges Didi-Huberman¹, como “la extraña conjunción de la diferencia y la repetición” de ciertas problemáticas a través del tiempo. Los trayectos de ambas protagonistas se podrán enlazar de otra manera.

El texto de Eurípides presenta a la hija del rey de Cólquida, Eetes, como una hechicera que flechada por Eros está dispuesta a desafiar las leyes para ayudar a su amado Jasón a apoderarse del vellocino de oro. Ella traiciona a los suyos para ayudarlo y por ello llega al extremo de matar a su hermano. Tiempo después, ya ambos en Corinto, él la traiciona y abandona para casarse con la hija del rey de Corinto. Entre los argumentos de su abandono Jasón se escuda en el futuro que podrá darles a sus hijos con su nuevo matrimonio, creía poder frenar de este modo la cólera de Medea.

JASON.-

Me basta con los que tengo y no tengo nada que reprocharte, sino que, y esto es lo principal, lo hice con la intención de llevar una vida feliz y sin carecer de nada, sabiendo que al pobre todos le huyen, incluso sus amigos, y, además, para poder dar a mis hijos una educación digna de mi casa y, al procurar hermanos a los hijos nacidos de ti, colocarlos en situación de igualdad y conseguir mi felicidad con la unión de mi linaje, pues, ¿qué necesidad tienes tú de hijos? Yo tengo interés en que los hijos que han de venir sirvan de ayuda a los que viven. ¿He errado en mi proyecto? No lo podrías decir, si no te atormentaran los celos de tu lecho.²

¹ Agradezco a Fernando Barrios el haberme recordado el libro de G. D. Huberman *Ante el tiempo. Historia del arte y anacronismo de las imágenes*. p. 66.

² Eurípides, *Medea*, 1991, trad. Alberto Medina González y Juan Antonio Lopez Férrez, ed. Gredos, p. 233.





Lejos de frenarla el hilo con el que Jasón ata explícitamente a sus hijos a la escena, la deja fuera, a Medea, reclamándole sacrificarse por el bienestar de sus hijos. Ese desprecio y abandono de Jasón no la aleja de él, sino que tensa al extremo la cuerda del odio-amor, así como el deseo de venganza.

Planificar la venganza a través del asesinato de sus hijos desrealiza el ideal de “LA Mujer toda Madre” dispuesta a cualquier sacrificio.

En la fractura entre el ideal de LA Mujer en tanto que LA Madre y el deseo de cada mujer se puede reconocer un “síntoma” que repite el desconocimiento del deseo, las eróticas, la ambigüedad de los afectos de las mujeres. No está de más señalar que tampoco existe esa unidad de LA mujer desde una perspectiva social, de raza, clase, o edad.

La repetición de ese “síntoma” se escucha en la pregunta que Freud dejó planteada como el gran enigma de la sexualidad “¿Qué quiere la mujer?”. Interrogante –surgida en una conversación con la princesa Bonaparte– que muestra la apertura a escuchar el deseo de las mujeres, a la vez que su formulación en el universal “la mujer” forma parte del impedimento para responderla.

Mientras la práctica del análisis estuvo centrada en los efectos de la diferencia sexual no pudo captar lo que de las mujeres no está centrado en el falo. Recorridos de años llevaron a que Jacques Lacan formulara en 1969 que *“Si hay un punto en el análisis en el que se sostiene tranquilamente, lo que les señalé, que no hay relación sexual es en que no se sabe qué es la Mujer.”* [...] *“¿Qué es sino una denegación atribuirle como carácter tener lo que precisamente nunca se trató de que tuviera? [...] Esto por sí solo debería darnos una breve lección de lógica y permitirnos ver que lo que le falta al conjunto de esta lógica es el significante sexual.”*³ Su planteo que desplegó de diferentes formas y realizando diferentes lazos trastocó definitivamente el eje del análisis del binarismo de la diferencia sexual. A la vez que, esta manera de tratar “la no relación sexual” y de intentar insertar la lógica en esa problemática creó otro análisis de lo que hasta el momento se había llamado activo-pasivo, masculino-femenino, diferenciándolas como posiciones solidarias con esa no relación. Ambas formulaciones fueron tan provocativas como transformadoras de la experiencia analítica: “no hay relación sexual” luego acompañada de “LA

³ Jacques Lacan, seminario *De un Otro al otro*, sesión del 12 de marzo de 1969. Ed. Paidós, p. 208, trad. Nora A. González, 2011.





mujer no existe”⁴ . Estas permitieron el desanudamiento del impasse en el que estaba el psicoanálisis y en el que algunos continúan en la manera regresiva en que reciben las críticas producidas desde otros saberes referidos a la no binariedad de género, las prácticas eróticas diversas, así como la despatologización que exigen tanto como fundamentan.

Sobre Medea y María José:

En el palacio se oyen los gritos de Medea:

MEDEA.- (Desde dentro.)

¡Gran Zeus y Temis augusta!

¿Veis lo que sufro, encadenada con grandes juramentos a un esposo maldito? ¡Ojalá que a él y a su esposa pueda yo verlos un día desgarrados en sus palacios, por las injusticias que son los primeros en atreverse a hacerme! ¡Oh padre, oh ciudad de los que me alejé, después de matar vergonzosamente a mi hermano!

NODRIZA.-

¿Oís lo que dice y con qué gritos invoca a Temis, guardiana de las súplicas, y a Zeus, que es considerado por las mortales custodio de los juramentos? No será posible que mi señora calme su cólera con poco.

[...]

CORO. Estrofa 1.^a

¿Has oído, oh Zeus, tierra y luz, qué canto de dolor entona la infeliz esposa? ¿Qué deseo del terrible lecho te tiene cogida, oh insensata? El fin de la muerte vendrá pronto. ¡No hagas esta suplica! Si tu marido honra un nuevo lecho, responsabilidad suya es, no te irrites. Zeus te hará justicia en esto. No te consumas en exceso llorando a tu esposo.

[...]

MEDEA.- (Desde dentro.)

¡Ay, sufro, desdichada, sufro infortunios que merecen grandes lamentos! ¡Ay, hijos malditos de una odiosa madre, así perezcáis con vuestro padre y toda la casa se destruya!

NODRIZA.-

¡Ay de mí, ay desgraciada de mí! ¿Qué parte tienen tus hijos en los errores de su padre? ¿Por qué los odias? ¡Ay de mí, hijos, cómo me angustia la idea de que vayáis a sufrir algo!

Terribles son las decisiones de los soberanos; acostumbrados a obedecer poco y a mandar mucho, difícilmente cambian los impulsos de su carácter. Mejor es acostumbrarse a vivir en la igualdad; en lo que a mí toca, ¡ojalá envejezca, no entre grandezas, sino en lugar seguro! Moderación es la palabra más hermosa de pronunciar, y servirse de ella proporciona a los mortales los mayores beneficios. El exceso, por el contrario, ningún provecho procura a los mortales y devuelve, a cambio, las mayores desgracias, cuando una divinidad se irrita contra una casa.⁵

⁴ Jacques Lacan, seminario *Aun*, trad. Diana Rabinovich, Paidós, 1981.

⁵ Eurípides, *Medea*, 1991, trad. Alberto Medina González y Juan Antonio Lopez Férrez, ed. Gredos, pp. 217-18-19-21.



No en vano Lacan se compadecía de Jasón⁶ al no reconocer a Medea, ni la potencia de su cólera. Corresponde resaltar la osadía del texto de Eurípides que veinticinco siglos atrás puso en cuestión la primacía del amor materno, la incondicionalidad de ese amor, la disposición al sacrificio, así como la renuncia de las mujeres a su deseo en función de la maternidad. Exhibió el triunfo de los desmanes de las pasiones y la cólera. El poder de las pasiones frente a la razón. Denunció la invisibilidad de las relaciones de poder entre las que se entretajan amores, y afectos entre los poderosos. Es la nodriza, antes esclava, una no poderosa la que realiza el llamado a cumplir con los ideales morales de la época, lo que claramente no se cumple. Fue subversivo en relación a la función educativa de las tragedias en la Grecia clásica con las que se pretendía fomentar valores en la sociedad, educar a los ciudadanos en ellos, mostrar los castigos frente a los excesos, así como los castigos por incumplir las leyes.

En otra época y contexto, en el siglo XXI, en América Central la película *Medea* es una denuncia de los efectos de aislamiento, riesgo y angustia de las mujeres que se realizan abortos ilegales, así como el machismo instalado entre los géneros, aun entre los jóvenes.

María José, la protagonista, es una joven costarricense universitaria que estudia antropología, juega al rugby, forma parte de la clase media, vive con sus padres, está embarazada y disimula su embarazo con una faja mientras prosigue con su vida. Se sabe de éste por la imagen de su cuerpo, y de su angustia por la manera –en algunas escenas en baños o vestuarios– con la que mira su “barriga” en el espejo antes de fajarse. No pronuncia una palabra, ni comparte con nadie sobre su embarazo, tampoco lo que le pasa respecto a éste. En ninguna escena aparece la pregunta con quién, ni en qué circunstancias quedó embarazada, o alguna inquietud por la maternidad.

La noche antes del aborto tiene un encuentro casual en una pista de skate con un muchacho desconocido que deriva en un encuentro sexual del que él se retira diciendo “no” cuando se da cuenta que está embarazada.

María José se realiza el aborto en la más extrema soledad al día siguiente de aquel encuentro, mientras sus padres se fueron de viaje por lo que quedó sola en la casa. Esa misma noche –luego de pasar el dolor y la angustia de la expulsión del embarazo– tira una bolsa en un

⁶ Jacques Lacan, *Juventud de Guido, o la letra y el deseo*, 1984, Escritos 2, trad. Tomás Segovia, ed. Siglo XXI, p. 741.





bosque en la que suponemos está el embrión o feto producto de ese aborto. Ambos actos los realizó en la soledad más absoluta, sin que medie ninguna palabra, eco mudo de la ilegalidad del aborto en ese país y sus consecuentes violencias hacia quien lo realiza.

Traspassando los siglos, geografías, políticas y subjetividades, los hilos de ambas protagonistas se entrelazan cuando no consideran la maternidad, ni el embarazo como prioridades en sus vidas. Aunque, sus motivaciones y formas de hacer sean abismalmente diferentes.

A María José estar embarazada no la vuelve madre. A Medea, amar a sus hijos no le impide odiarlos, ni usarlos como parte de su venganza. Ella no niega el horror de sus actos.

MEDEA.-

Ahora, sin embargo, cambio mis palabras y rompo en sollozos ante la acción que he de llevar a cabo a continuación, pues pienso matar a mis hijos; nadie me los podrá arrebatar y, después de haber hundido toda la casa de Jasón, me iré de esta tierra, huyendo del crimen de mis amadísimos hijos y soportando la carga de una acción tan impía.⁷

La condena moral del asesinato de Medea facilita argumentos forzados que hacen de cada embarazo interrumpido voluntariamente por una mujer una asesina, así como de cada embrión un niño asesinado. Por lo que cada embarazada debiera ser una madre. Sin embargo, existen las mujeres que no cumplen ese mandato superyoico y ponen en cuestión que la condición femenina esté marcada y definida por la posibilidad de la maternidad. Mujeres que distinguen entre su erótica y las posibilidades de reproducción. Estas distinciones que en la actualidad toman fuerza, Eurípides la mostró hace veinticinco siglos sin disimular las relaciones de poder en juego, también en el binarismo sexual y de género.

JASÓN.-

Pero las mujeres llegáis al extremo de que, mientras va bien vuestro matrimonio, creéis que lo tenéis todo, pero, en el caso de que una desgracia lo alcance, lo más provechoso y lo más bello lo consideraréis como lo más hostil. Los hombres deberían engendrar hijos de alguna otra manera y no tendría que existir la raza femenina: así no habría mal alguno para los hombres.

Eurípides hizo evidente la imbricación amor odio, la distinción entre amor y erótica, así como entre erótica y reproducción. Sin embargo, aun con los lazos más laxos la moral que solapa a las mujeres con La Madre sacrificial continúa imponiéndose como “síntoma” de la historia con

⁷ *Ibid.*, Eurípides, *Medea*, p. 242.





sus “repeticiones y diferencias”. Esas diferencias son las que el psicoanálisis como saber y en su práctica ha de aportar a desanudar.

Referencias bibliográficas

Eurípides, *Medea*, 1991, trad. Alberto Medina González y Juan Antonio López Férez, ed. Gredos.

Georges Didi- Huberman, *Ante el tiempo. Historia del arte y anacronismo de las imágenes*, 2011, Adriana Hidalgo ed., trad. Antonio Oviedo.

Jacques Lacan, *Juventud de Guide, o la letra y el deseo*, 1991, Escritos 2, Siglo XXI ed, trad. Tomás Segovia.

Jacques Lacan, Seminario *La ética*, 1990, trad. Diana Rabinovich, Paidós.

Jacques Lacan, *De un Otro al otro*, 2011, trad. Nora A. González, Paidós.

Jacques Lacan, *Aun*, 1981, trad. Diana Rabinovich, Paidós.

Sandra Filippini

Mayo 2025

